

Mártires llamados la masa blanca. 36. Mártires de Lambesa. 37. Generosidad de Arcadio. 38. El martirio del Papa San Sixto; queda la Santa Sede vacante. 39. Catacumbas. 40. El martirio de San Lorenzo. 41. San Fructuoso de Tarragona y Mártires de las Galias. 42. San Patroclo de Troas y San Cirilo de Capadocia. 43. Historia de Saprício y de Nicéforo. 44. San Felix de Nola Confesor; socorros que da al Obispo Máximo. 45. Suerte funesta de Valeriano. 46. Asesinato de Macrino. 47. Rescripto de Galieno para contener la persecucion. 48. San Marin Mártir. 49. Confunde el Patricio Asturo á los idólatras en el nacimiento del Jordán. 50. Caridad de los fieles de Alejandria mientras la epidemia. 51. Infortunios y desgracias en todo el Imperio. 52. Destruccion de Galieno con toda le estirpe de Valeriano. 53. Claudio II. Emperador. 54. Aureliano Emperador. 55. San Dionisio es elegido Papa. 56. Sabelio y Pablo de Samosata son condenados. 57. Odenato y Cenobia. 58. Vida escandalosa de Pablo de Samosata, que fue arrojado de su Silla por Aureliano. 59. Aureliano publica la nona persecucion. 60. Asesinato de Aureliano. 61. San Prisco, Santa Coloma, San Eutropio, el Papa San Felix y otros Mártires. 62. Memorable martirio de San Conon. 63. Principios de San Antonio. 64. Tácito Emperador. 65. Pronóstico falso de los Agoreros. 66. El Emperador Probo. 67. Imposturas y castigo de Manés. 68. Errores de los Maniqueos. 69. Cayo sucede al Papa Eutiquiano. 70. Sucesion de Emperadores.

Resuelto de la cuestion sobre los Receptáculos. 26. Martirio del Papa San Esteban. 27. Martirios de las provincias de la Galia. 28. Persecucion cruel de Valeriano. 29. San Dionisio de Alejandria destruido y sus escritos. 30. Historia de Saprício. 31. San Cipriano destruido. 32. Tomados de los Confesores. 33. Toma nuevamente la persecucion. 34. Retiro de San Cipriano y su martirio. 35.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINTO.

Desde el principio del cisma de los Novacianos, en el año 251, hasta el Imperio de Diocleciano, en el de 284.

1. Componiase el Clero de la Iglesia Romana, privado de Pontífice desde el año 250, de cuarenta y seis Sacerdotes, siete Diáconos y siete Subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos entre exorcistas, lectores, y ostiarios ó porteros. Con el intento de minorar el fuego de la persecucion se tardó cerca de año y medio en proveer la primera dignidad de la Iglesia. Mas no obstante esta multitud de subalternos, todos ó casi todos de conocido y verdadero mérito, se observó sin embargo que el inconveniente mayor y el inminente peligro consistia en estar por mas tiempo sin una Cabeza que gobernase. Por lo que se deliberó pasar á la eleccion; y en el dia 4 de Junio del año 251 el pueblo y el Clero con diez y seis Obispos que se hallaban en Roma, dos de ellos Africanos, eligieron á Cornelio, que fue consagrado al momento. La virtud y la ciencia fueron los únicos es-

calones por donde ascendió á aquel alto lugar ; y aun practicó las mayores diligencias para no ocuparlo, creyéndose por una modestia y un desprendimiento egemplar incapáz de tener una carga tan pesada. Mas cuanto mayor fue su resistencia, tanto mas dignó se le juzgó de lo que no apetecía ; y como era nacido en Roma y pasó sucesivamente por todos los puestos de la Iglesia le conocian perfectamente los que le habian elegido.

2. Novaciano fue el único que se declaró contra la eleccion, movido de una ambicion que no tenia límites, aunque la sabía ocultar con destreza, y escitado por las sugeriones del turbulento Novato. Disfrutaba justamente el ambicioso Novaciano de una grande reputacion de elocuente y de docto, y fue fácil á su adulador persuadirle, que era manifesta injusticia no haberle tenido presente al tiempo de la eleccion ; hasta que al fin juntándose estos dos malos Sacerdotes, comenzaron á sembrar las mas atroces calumnias contra Cornelio, para hacerle odioso á todo el mundo ; y las colorearon con tal artificio que sorprendieron á un gran número de Confesores, cuya autoridad era como sagrada entre los Cristianos. Enviaron á Roma á la primera noticia que hubo de estas disensiones, San Cipriano y los Obispos de África, dos de sus compañeros llamados Caldoneo y Fortunato, con encargo de si no podian componer tan triste desavenencia, que tomasen un exacto conocimiento de ella, y se instruyesen á fondo en el derecho respectivo de las partes, para que segun su informe re-

cayese la resolucion mas conveniente. Hicieron á pesar de esto ilusorias todas las tentativas la ambicion y los artificios de Novaciano ; habia protestado siempre, y aun con juramento, que huía del Episcopado ; mas habia por otra parte poderosos motivos para no dudar que aquellas fingidas declaraciones encubrian, como es comun, mayores deseos de llegar á él. Debia no obstante por todas razones ser excluido de tan eminente dignidad ; pues aunque le habian ordenado Sacerdote, únicamente merecia esta distincion por las repetidas instancias de un Obispo que le estimaba ciegamente, porque era neófito cuando le ordenaron, y tambien habia estado endemoniado, permaneciendo mucho tiempo en el estado de catecúmeno, y siempre habia mostrado pocos deseos de recibir el bautismo. Era antes de convertirse un filósofo encaprichado en los errores de los estóicos, de los que jamás abjuró enteramente. No se le vió hacer obra alguna buena cuando sobrevino la persecucion ; y como en una ocasion le instasen á que fuese á socorrer á los Confesores, contestó de un modo insensato y escandaloso, que no queria ser Sacerdote, y que tenia en mas el estado de filósofo. Tal era el rival de San Cornelio, y el primero de los Antipapas : sigámosle en su carrera.

Mandó venir á Roma tres Obispos Italianos, hombres sencillos y sin manejo, asegurándoles que solo ellos podian acabar las divisiones de la Iglesia. Tuviéronse por necesarios estos hombres, de menos que mediano talento, y demostraron como otros muchos,

que aquellos que mas fácilmente se dejan seducir por los elogios lisongeros, son los que menos los merecen. Novaciano, así que llegaron, con el pretexto de recibirlos debidamente los alojó en una casa en donde los tuvieron como prisioneros, instáronles á que se sentasen inmediatamente á la mesa, se les sirvió una gran comida, y los celadores que les habian puesto tenian encargo particular de hacerles beber cuanto pudiesen. El intento llegó á efecto sin dificultad como se apetecia; y cuando Novaciano supo que estaban embriagados, presentándose á ellos á las cuatro de la tarde les persuadió que la Silla Pontifical estaba vacante, á pesar de la eleccion de Cornelio, la que tenia por defectuosa, é hizo que le ordenasen á él en su puesto. Arrepintióse luego de su pecado uno de aquellos Obispos, y lo confesó anegado en lágrimas, por lo que el legítimo Pontífice le otorgó la comunión á ruegos del pueblo, mas únicamente la comunión lega; y se puso otro Obispo en su Silla. Fueron depuestos de un modo mas vergonzoso los otros dos.

Usó de su dignidad el Antipapa del mismo modo que la habia adquirido. Todo fue impiedades y violencias, ya para atraerse partidarios, ya para conservar los que adquiria. Les obligaba á que le jurasen fidelidad por la sagrada Eucaristía en el acto mismo de distribuirla, y les decía tomádoles á cada uno ambas manos en lugar de las oraciones de costumbre: *prometedme por el cuerpo y sangre de Jesucristo, que nunca me dejareis para volveros de parte de Cornelio; y no les soltaba las manos ni les daba el sagrado pan*

hasta que decian en vez de *amen: no volveré á Cornelio*. Esta era la fórmula sacrilega de aquella reclusa cismática. Escribió sin embargo Novaciano á los Obispos de las Sillas principales, para participarles su exaltacion, sin olvidarse de divulgar que se le habia hecho violencia en ensalzarle á la santa Sede, y denigró con las mas atroces calumnias al legítimo Pontífice.

Imposible parece que una trama tan grosera fuese capaz de seducir el espíritu de algunos: mas lo que sorprendia la conciencia y recto modo de pensar de los fieles, era el testimonio de los Confesores de la fe, á los que hacia que escribiesen con él aquel diestro usurpador; y por otra parte nadie creía poder errar bajo la palabra de los Mártires. Cundia el mal por todas las Iglesias, y fue necesario que los Doctores de primer orden manifestasen el engaño con la superioridad de sus conocimientos.

3. Respondió San Dionisio de Alejandría al intruso (1), que de ningun modo mejor podia hacer creer á todos que habia sido elegido á pesar suyo, que abdicando, por el bien de la paz, la Silla Pontificia; que por un motivo tan noble como lo era la unidad de la Iglesia, debiera haber resistido la violencia de sus partidarios, esponiéndose á cualquier cosa antes que multiplicar la Cátedra Apostólica; y que el martirio que se sufriese por esta causa hubiera sido tan meritorio en sí mismo y de mayor momento en lo sucesivo, que si se sufriese por no sacrificar á los ído-

(1) Hieron. de Script. Eccles. in Dionys.

los. Exhortábale por fin á cercenar el escándalo, ó por lo menos á salvar su alma, si no podía ya enderezar las otras por el camino verdadero.

4. Habia dejado su soledad San Cipriano así que recibió las cartas de Novaciano; y como habia tenido la precaucion de enviar por sí á Roma á quien le instruyese en el particular, negó la comunión, de acuerdo con los Obispos de su provincia, á los enviados del Antipapa. Para restablecer el vigor de la disciplina, que no pudo menos de decaer en las postreras persecuciones, se celebraba á la sazón en Cartago un Concilio. Querian los enviados cismáticos ser oídos á la fuerza, y subian de punto los capítulos de acusacion contra el Papa Cornelio, obligándose á probarlos: mas los Prelados juzgaron todos unánimes, que era injusto y denigrativo al Episcopado dar oídos á lo que no podia ya tenerse sino por un libelo infamatorio y escandaloso, despues de una eleccion tan legítimamente confirmada.

5. Lo concerniente al cisma de Felicísimo y de sus adherentes, que fueron escomulgados, se examinó en este mismo Concilio. La reconciliacion de los apóstatas tratóse de nuevo; y sobre este punto fueron diversas las opinones de los Padres, pues unos querian la indulgencia y otros el rigor, y todos alegaban á favor suyo las Escrituras sagradas. Por fin determinóse no sujetarse precisamente á los términos generales de la cuestion, sino profundizar el pormenor y exámen de las causas y de todas las circunstancias de las varias caidas, de los grados de volun-

tad y de escándalo que en ellas se descubriesen, como tambien de las disposiciones y necesidades de cada uno de los delinquentes.

6. Se formaron varios artículos ó cánones, que se enviaron á Roma: y tales son aquellos cánones confirmados por la Santa Sede, llamados despues penitenciales, que sirvieron largo tiempo de tipo en la Iglesia para la reconciliacion de los pecadores. Escribió últimamente San Cipriano en su nombre y en secreto al Papa San Cornelio, y á los Confesores que se habian dejado seducir por Novaciano; dió orden al conductor de estas últimas cartas de no ponerlas en manos de los sugetos á quienes se dirigian hasta que las hubiese leído el soberano Pontífice; y diese su permiso para entregarlas.

7. Juntó Cornelio sin la menor dilacion sesenta Obispos, y mayor número de Sacerdotes y de Diáconos: y los reglamentos de Cartago por lo respectivo á la penitencia de los apóstatas, fueron confirmados por dictámen de esta asamblea, especialmente el cánón que mandaba se volviesen á recibir los Obispos luego que hubiesen hecho penitencia, pero en la clase de legos solamente. Novaciano, su cisma, y sus heréticas pretensiones y procedimientos fueron tambien condenados; pues sostenia generalmente que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caido mientras las persecuciones, y que no podian permitirse las segundas nupcias. Escribió el Papa á las Iglesias, comunicándolas lo que se habia resuelto en su Concilio; y en su epístola á Fabian,

Obispo de Antioquía que denotaba cierta propension al partido cismático, se detenia en hacer ver que todas las Iglesias de Italia y de Africa eran de una misma opinion; cuya pastoral vigilancia preservó de la seducción al Patriarca y á toda la Iglesia del Oriente. Y aun llegó á celebrarse en Antioquía, en tiempo del sucesor de Fabian, un Concilio compuesto de varios Obispos de Capadocia y Asia, además de los de Siria, en el que se condenó á los Novacianistas.

Dionisio, Obispo de Alejandría, á quien hizo saber el soberano Pontífice las decisiones de su Concilio Romano, publicó una excelente instruccion sobre la penitencia, en la que penetrado enteramente del espíritu del Concilio, no se contentó con cimentar á su pueblo en los principios Católicos, sino que prescribió ciertas reglas de perfeccion para las almas mas fervorosas; y en general su celo contra el cisma sirvió de mucho á otras varias Iglesias, particularmente á la de Antioquía.

Hizo Novaciano en África otra nueva tentativa cuando se vió tan humillado por parte de Roma, enviando allá al famoso Novato, acompañado de otros cismáticos; pero San Cornelio avisó al punto á San Cipriano esta novedad. Los alborotos estaban de parte solamente del perturbador, porque salieron de Roma con él, ó por lo menos cesó inmediatamente el escándalo en la ciudad. Volvieron los Confesores á entrar en el seno de la unidad; y se observó que el calumniador los habia comprometido fraudulentamente, y que ignoraban todo el contenido de las cartas

denigrativas divulgadas bajo sus nombres contra el santo Papa Cornelio. Recibiéronseles con una sincera alegría, y los Sacerdotes fueron restituidos á sus puestos; todo lo que el soberano Pontífice notició inmediatamente al Obispo de Cartago.

Mas ínterin que todo era júbilo y alegría por ver asegurada en la Iglesia una porcion tan distinguida del rebaño de Jesucristo, el santo Primado de África tuvo ocasion de egercitar su celo con motivo de la débil credulidad de Antoniano, aquel Obispo de Numidia, de quien ya hemos hecho mencion, y al que faltó poco para que lo metiese en el cisma una artificiosa carta de Novaciano. Daba á entender á aquel Prelado que el soberano Pontífice comunicaba con los apóstatas, porque habia concedido la paz al Obispo Trófimo, convencido, segun decian con verdad, de haber ofrecido incienso á los ídolos: pero no se añadía que Trófimo quedaba privado de la dignidad Episcopal, aunque por medio de una penitencia de las mas rigurosas, hubiese juntado á la Iglesia el rebaño que antes habia descarriado con su escándalo. Hízole ver sobre todo el santo Doctor, para mas persuadir á Antoniano, que si se daba la paz á los que habian manifestado arrepentimiento antes de la enfermedad, no era por un espíritu de relajacion ó demasiada condescendencia, ya que se observaba tan diversa conducta con los pecadores que comenzaban á pedir la paz en el discurso de la misma enfermedad, y era factible que lo hacian mas por temor de la muerte que por dolor de sus culpas. En aquellas

tan delicadas coyunturas era necesario caminar con esta reserva.

8. Con el tiempo se disminuyó el riesgo escandaloso, y no debiendo ya ser igual el rigor en reprimirlo, la disciplina mudó de aspecto sobre este punto por las circunstancias. Por esta razón el Concilio cuarto de Cartago prescribió otros cánones aun mas suaves, y mandó formalmente se admitiese á la penitencia al pecador bien dispuesto que lo pidiese en caso de enfermedad; y si hubiese temor de que muriese al punto, se le reconciliase por medio de la imposición de las manos, y se le administrase la Eucaristía; y el Concilio dice sobre esto estableciendo un cánón conforme con la práctica: *lo dicho tendrá lugar respecto á la reconciliacion, aunque aquel que ha pedido la penitencia perdiese el uso de la lengua por la enfermedad, ó quedase demente antes de llegar el Sacerdote, con tal que haya testimonios de la buena disposicion del enfermo.*

Convenció al fin al Obispo Antoniano su ilustre Primado, de que la dureza de Novaciano para con los pecadores, á los que privaba de toda esperanza, rayaba en heregía é impiedad, y que el dictámen de aquel sofista mal convertido era un rastro de la filosofía pagana, ó de aquella perniciosa máxima estóica, segun la cual todos los pecados son iguales, y el sabio incapáz de arrepentimiento.

9. Compuso San Cipriano por esta causa sus tratados sobre la Unidad de la Iglesia, y el de los Lapsos ó caídos, esto es, de los fieles que habian apos-

tado por la persecucion; sobre lo que nos enseña que la confesion de los pecados internos estaba ya en uso en su tiempo, y aun antes del egeplo de los que se confesaban de solo el pensamiento que habian tenido de sacrificar á los ídolos ó de tomar cédulas de seguridad. Ambos tratados los remitió á los Confesores de Roma que habian dejado el partido de Novaciano, como un medio el mas á propósito para quitar de raíz enteramente todas sus preocupaciones; en especial el tratado de la Unidad de la Iglesia, en el que se hallan unidos y muy ensalzados por el Obispo de una de las mayores Sillas, los privilegios y las pruebas de la primacía de la Silla Apostólica. No deja de horrorizarse el santo Obispo de la apostasia y de la injuria que con ella se hace al Misterio de la Redencion, cuando en el tratado de los caídos manifiesta tanta dulzura é indulgencia para con los pecadores; y con este motivo cuenta un gran número de castigos milagrosos de que tenia particular conocimiento.

10. Inclinábase sin embargo la balanza cada dia mas al lado de la condescendencia; temíase otra nueva persecucion; los Obispos que llegaban á Cartago para celebrar un segundo Concilio, hablaban mucho de las revelaciones y visiones concernientes al nuevo asalto que amagaba á la Iglesia, y lo hacian con aquel carácter de autoridad que una alta virtud daba á la prediccion. Creyóse pues á propósito fortificar y precaver con todas las armas espirituales, y sostener sin pérdida de tiempo con la Eucaristía á los fieles ver-

daderamente penitentes , que hasta entonces no se habian reconciliado. Se habia dictado en el primer Concilio un reglamento provisional , que no permitia darles la paz sino en riesgo de muerte : este otro que llamaron *Perentorio* , mandó que se les diese ó inmediatamente ó luego despues de cierto término fijado con prudente indulgencia , sobre lo que se escribió al soberano Pontífice una epístola sinodal , que firmaron cuarenta y dos Obispos.

Vino á presentarse á este Concilio Privato , Obispo depuesto , con el intento de justificarse , llevando en su compañía algunos otros Prelados condenados por causa de apostasía ú otros delitos , mas no se les quiso admitir , y en despique ordenaron un falso Obispo de Cartago , esto es , á Fortunato , uno de los fautores de Felicísimo , condenado ya con él y con Novato. Púsose en camino para Roma Felicísimo inmediatamente despues de la ordenacion , con designio de alcanzar por sorpresa la comunión del Papa y la condenacion de Cipriano. Despidióle la Iglesia Romana con indignación , y no quiso oírle , esperando recibir de un instante á otro noticias del Obispo de Cartago. Mas como Cipriano miraba con el mayor desprecio aquella trama tan mal medida , no juzgó oportuno noticiarla á la Santa Sede. Insistian entretanto los cismáticos en sus pretensiones , echaban furiosas amenazas , y se gloriaban con una insultante audacia de que veinticinco Obispos habian asistido á la ordenacion de Fortunato : de manera que cansado de tantos clamores el Papa , se quejó ágríamente á San Ci-

priano de que nada le decia concerniente á aquella ordenacion.

11. Respondió el Obispo con tanta firmeza como respeto que si se principiaba á temer á los perversos , y si estos esperaban por medio de las amenazas cubrirse de la indignacion que merecian sus atentados , no habia que contar con el buen orden ni con el santo régimen de la Iglesia ; que él no necesitaba de justificacion ni de defensa en favor de su propia ordenacion despues de la eleccion unánime del pueblo y del Clero y cuatro años de Episcopado pasados en perfecta tranquilidad : que cuando un Obispo querido de su rebaño , y el blanco de los enemigos de la fe , hasta el extremo de ser amenazado con las fieras en público circo , se veía atacado por unos hombres arrojados de la Iglesia , no quedaba duda en que la persecucion dimanaba inmediatamente del agresor infernal , que despues de causar la perdicion del piloto intentaba perder tambien la nave. Despues se queja de la apelacion de aquellos cismáticos , que no eran mas que una porcion de malvados , ya conocidos por sus desvaríos , tanto en Italia como en África , y procedian visiblemente de mala fe , con tanta mayor causa , cuanto no habiendo faltado requisito alguno á su condenacion , así respecto de la regularidad como de la celebridad , sus instancias mas merecian el nombre de sublevacion que de apelacion. Procediendo despues segun aquel principio , que con la posesion ha fundado el derecho seguido aun en nuestros dias en la Iglesia Galicana , de no juzgar á los Obispos en otra parte